

CUADERNOS

historia 16

El boom económico español

Juan Pablo Fusi



34

Entrega n.º 34 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado al «boom» económico español de los años sesenta.

Franco inaugurando un pantano en los años sesenta.

Índice

EL BOOM ECONOMICO ESPAÑOL

El boom económico español (1959-1969)

Por Juan Pablo Fusi

El Plan de Estabilización

La planificación del desarrollo

Avances y frenazos

Los límites del desarrollo

«Un verdadero milagro»

Estructura y clases sociales

Educación

Política social

Conflictos laborales

Bienestar y consumo

Bibliografía

El boom económico español (1959-1969)

Por Juan Pablo Fusi

Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad del País Vasco

En septiembre de 1972, un cualificado portavoz del régimen de Franco, el entonces ministro de Información y Turismo, Alfredo Sánchez Bella, podía hacer el siguiente balance de lo ocurrido en España desde la guerra civil de 1936-39: *Han pasado treinta y seis años, y aquella España inhabitable y rota que nos anunciaban desde el lado rojo es una España alegre, de mil dólares per cápita.*

Testimonios en el mismo sentido podrían encontrarse a centenares. El cambio que España experimentó en la década de 1960 en el orden económico y social fue a todas luces evidente. Tanto que un prestigioso economista (Luis Angel Rojo) ha podido calificarlo *como el primer ciclo industrial completo en la economía española*. El régimen de Franco fue mucho más lejos: el desarrollo y sus consecuencias, el bienestar material y la paz, se convirtieron en la pieza clave de la legitimación del franquismo.

Agotadas, insolventes e inútiles las anacrónicas filosofías del nacional-sindicalismo, del catolicismo y la Cruzada, del hispanismo y del Imperio, del anticomunismo y la democracia orgánica; diluida la Falange en aquel masto-

donte burocrático que resultó ser el Movimiento; roto el carlismo por la modernización del país, el colaboracionismo de su vieja guardia y la formidable confusión ideológica de sus nuevos líderes, y en crisis la Iglesia, el franquismo elevó el desarrollo, el crecimiento económico, a filosofía oficial del Estado.

Atrás quedaría la romántica retórica joseantoniana hecha de luceros e intemperies; atrás, los vibrantes sonos del *Oriamendi*; atrás, los años eucarísticos y los rosarios en familia. Ahora, desde principios de los años 60, un lenguaje seco y árido, plagado de términos abstractos (rentas per cápita, inflación, divisas, PIBS, PNBs, balanzas), tasas y porcentajes vino a impregnar la propaganda oficial. Entre los ministros, sólo el insumergible José Solís Ruiz, ministro secretario general del Movimiento entre 1957 y 1969, parecía parcialmente anclado en el aparatoso, vociferante y acursilado estilo de los viejos tiempos. Pero era como un espectro, ceceante, animoso y sonriente, del pasado. Ullastres, el ministro de Comercio de 1957 a 1965, y principal exponente del nuevo lenguaje, fue el primer miembro de un gobierno franquista en hacer uso eficaz de la televisión: lo hizo para llevar a los hogares españoles la jerga de la nueva ortodoxia tecnocrática.

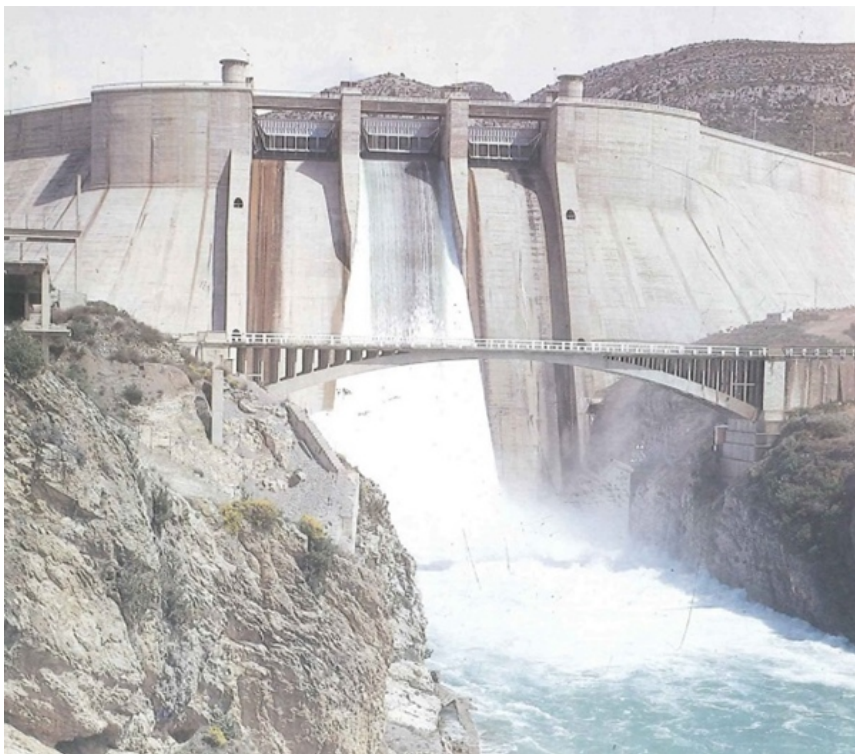
Un régimen en sus orígenes doctrinario e ideologizado hasta la médula aparecía ahora como el campeón de un desarrollismo desideologizado y pragmático. Sus portavoces dijeron en 1939 que en España empezaba a amanecer; fieles a su metáfora astral, en 1965 decían que en España atardecía, que era la hora del crepúsculo –del crepúsculo de las ideologías, según el título del libro del ideólogo del franquismo tardío, Gonzalo Fernández de la Mora.

Asombrosa y «radical» le parecía a Fernández de la Mora la transformación sufrida por España durante la época de Franco. Lo fue, sin duda. Pero, lejos de ser excepcional, no fue muy distinta de la experimentada por otras econo-

mías occidentales; todas tuvieron en la posguerra su fase económica más o menos milagrosa. El milagro español fue, si algo más tardío –unos diez años– que el europeo, y probablemente, como se vería en 1973, menos definitivo y más cabalístico y efectista.



Laureano López Rodó (izquierda). Gregorio López Bravo (derecha).



Presa inaugurada durante la década de los años sesenta.

Al menos hay algo que debe subrayarse. La España de 1972 podía ser una España alegre, de mil dólares per cápita. Pero la España de 1959, una España gobernada por ese mismo régimen autosatisfecho del 72, era una España con la alegría que podía comprarse con menos de 300 dólares per cápita. Según *The Economist* (10 de diciembre de 1960), España era en 1960, con Portugal, el país más pobre de Europa, y eso, a pesar del tímido progreso industrial y modesta elevación del nivel de vida experimentados desde 1950.

A principios de 1959 había motivos para todo menos para la alegría. El coste de la vida se había incrementado en un 40 por 100 en los dos últimos años; las reservas habían bajado de 220 millones de dólares en 1955 a 57 mi-

llones en 1958; el déficit comercial alcanzó en 1957 la cifra récord de 387 millones de dólares. Pese a que el Jefe del Estado continuara en sus discursos de fin de año haciendo la apología de su propio régimen y de sus realizaciones – en julio del 58, por ejemplo, se inauguraron los pantanos de Entrepeñas y Buendía, dos de las gemas hidráulicas del franquismo–, la realidad era que España estuvo en 1957-58 al borde de la bancarrota y de la suspensión de pagos.

Lo grave era que no se trataba de una crisis coyuntural. La crisis de finales de los años 50 fue la consecuencia natural de los presupuestos del régimen de Franco. La autarquía, el Estado corporativo, el nacional-sindicalismo y el aislamiento internacional habían provocado la petrificación de la economía española, habían sumido a España en el atraso y el subdesarrollo, en el mercado negro, la corrupción y la infraindustrialización, difícilmente ocultables tras los cortinajes de algunas obras faraónicas –como los pantanos– y la instalación de algunas plantas industriales modernas (Ensidesa, Seat, Pegaso, Barreiros, la Bazán, etc.).

La supervivencia del país exigía, por tanto, un cambio de rumbo, un *golpe de timón*, la liquidación del doctrinarismo de inspiración fascista responsable del desastre económico. Eso explica la nueva etapa que el régimen de Franco iniciaría con la aparición de la Ley de Ordenación Económica o Plan de Estabilización. Pero parece necesaria una puntualización. En 1959, no había alternativa al régimen: había alternativa *dentro* del régimen. La huelga general pacífica de veinticuatro horas contra la situación económica y contra el régimen convocada para el 18 de junio de 1959 por el Partido Comunista fue un total fracaso (que no ahorró a los detenidos penas de hasta veintitrés años de cárcel).

El Plan de Estabilización

El Plan de Estabilización, piedra angular de la nueva estrategia económica del franquismo, fue presentado en las Cortes por la ninfa Egeria del momento, el ministro Alberto Ullastres, el 20 de julio de 1959, y promulgado al día siguiente. Pero lo precedió una etapa de precalentamiento iniciada a raíz del cambio de gobierno de febrero de 1957. De 1957 a 1959, Ullastres y su compañero de gabinete, el ministro de Hacienda Mariano Navarro Rubio, ambos miembros del Opus Dei, intentaron poner algo de orden ortodoxo y neocapitalista en el desbarajuste económico nacional, agudizado por las demagógicas alzas salariales ordenadas alocadamente en 1956, como respuesta a los sucesos de aquel año.

Se unificó el cambio, hasta entonces regido por un sistema de cambios múltiples; se elevaron los tipos de descuento y se trató de controlar el gasto –y eso que en septiembre de 1957 comenzó a funcionar Ensidesa–. El presupuesto de 1958 resultaba, en el contexto del franquismo, revolucionario, en tanto que intentaba el aumento de la contribución directa tras la reforma tributaria de diciembre de 1957, incentivaba las exportaciones y abría la puerta, todavía tímidamente, al capital extranjero. La Ley de Convenios Colectivos de 1958 marcó, también tímidamente, el inicio de la libertad de contratación salarial. Ciertamente, no se tomaron medidas absolutamente inaplazables a corto plazo como la devaluación o la liberalización de las inversiones extranjeras. Pero algo se había hecho y España tuvo su recompensa. A principios de 1958 se incorporaba como miembro asociado a la Organización Europea de Cooperación Económica (luego OCDE), y en septiembre, al Fondo Monetario Internacional.



Alberto Ullastres en una rueda de prensa. A su izquierda, Gregorio López Bravo.

La experiencia de 1957-59 sirvió para poner de relieve la necesidad de cambios radicales que paliasen la crítica situación española (inflación, gravísimo desequilibrio exterior, atonía inversora, etc.), algo que sería remachado por el informe de la OECE de mayo de 1959, primero de una serie de informes de prestigiosas organizaciones internacionales que los ministros desarrollistas acogerían como tablas de la ley que, como las mosaicas, obligaban a su cumplimiento.

Del informe de la OECE al Plan de Estabilización hubo un trecho cortísimo salvado apresuradamente. Ni la situación interior del país —las medidas de Ullastres, además de insuficientes, habían sido impopulares, y en 1958 hubo huelgas en Asturias, País Vasco y Barcelona—, ni el contexto internacional —la Comunidad Económica Europea había entrado en vigor en enero de 1959—, ni las recomendaciones exteriores, norteamericanas sobre todo, permitían demora. Ullastres viajó a Washington el 14 de julio; a su regreso, arropado por la OECE y el FMI, el gobierno de los EE. UU. y la banca privada de aquel país, presentó el Plan de Estabilización. La autarquía quedaba liquidada: el franquismo había tenido finalmente que soltar el lastre doctrinal del nacional-sindicalismo.



Franco en la inauguración de una nueva planta en la fábrica Barreiros.

El Plan, en cuya preparación participaron los economistas Sardá y Fuentes Quintana, fue básicamente una operación para sanear, liberalizar y racionalizar la economía española. Eso exigía dos objetivos urgentes: rescatar la peseta y contener la inflación. Para ello, se devaluó la moneda fijándose la nueva paridad del dólar en 60 pesetas (antes, 42 pesetas): la devaluación fue compensada con sustanciales créditos extranjeros valorados en 400 millones de dólares (del FMI, la OECE, el gobierno y la banca norteamericana). Se establecieron techos crediticios, se elevaron los tipos de descuento e interés para reducir la circulación fiduciaria, y se relajaron los controles sobre el sector exterior. El gobierno procedió igualmente a bloquear el gasto público y favoreció la inversión extranjera liberalizando la participación de capitales extranjeros en las empresas españolas. Los resultados fueron fulminantes. A principios de 1960, la OECE concedió un nuevo crédito de 25 millones de dólares. Las inversiones extranjeras aumentaron dramáticamente, saltando de 12 millones de dólares en 1958 —el último año antes de la aplicación del Plan— a 37,5 en 1959, y a 82,6 en 1960.

El Plan no era sino la aplicación de lo que los economistas llaman un modelo ortodoxo de estabilización: el modelo precisamente a que tan refractarias se habían mostrado siempre –y aún en 1959, hombres como Solís y el también falangista Arrese, ministro de Vivienda– las autoridades franquistas para azote y castigo de la economía y la sociedad españolas.

Los efectos de la estabilización no se hicieron esperar. A corto plazo, fue notablemente exitosa. A fines del verano del 59, España tenía ya un superávit de 81 millones de dólares en la balanza de pagos (frente a un déficit de 69 millones en 1958). La circulación fiduciaria aumentó en 1959 en sólo un 3,8 por 100, frente al 8,9 por 100 de 1958, y las reservas ascendían ya en mayo de 1960 a 300 millones de dólares; la inflación se redujo del 12,6 por 100 en 1958 al 2,4 por 100 en 1960. La devaluación favoreció de modo espectacular el turismo, desde entonces pieza clave de la transformación económica del país: en 1960 entraron unos seis millones de turistas extranjeros, casi el doble que en 1958. El nuevo valor de la peseta redujo también drásticamente el déficit comercial.

Ahora bien; la estabilización produjo, como es usual en ese tipo de operaciones, una notable paralización de la actividad económica, con fuerte reducción tanto del consumo como de la inversión, y un aumento considerable del paro –estimado, en algún momento, en torno a los 150.000-200.000 desempleados–. Necesaria o no –Franco, por ejemplo, la creía necesaria–, la política de estabilización fue en extremo impopular.

Y se comprende. Los salarios quedaron prácticamente congelados de 1957 a 1961. La recesión afectó prácticamente a casi todos los sectores de la economía nacional, y singularmente, de acuerdo con los trabajos de Manuel-Jesús González, a la industria siderometalúrgica, construcción, automóvil y, en general, a las industrias de bienes de consumo y al comercio. El Plan de Estabilización produjo,

como ha señalado el profesor González, una caída de la renta real. Para muchos españoles, la única alternativa fue la emigración. En 1960 comenzó el éxodo masivo de los trabajadores hacia Europa, que ya no se interrumpiría hasta la crisis económica internacional de finales de la década de 1970. Más de un millón de personas dejaron el país, hacia Alemania, Francia, Suiza, Bélgica y Holanda, entre 1960 y 1970.

La planificación del desarrollo

La estabilización fue, como ha quedado dicho, sólo el primer paso, duro e impopular, en una nueva estrategia cuyo objetivo era lanzar a España por el camino del desarrollo vía la liberalización de la economía, la apertura exterior, la racionalización del gasto y de la inversión públicos, el uso de políticas monetarias y fiscales ortodoxas, la importación de tecnología y la inversión extranjera: una vía, en suma, neocapitalista de competencia y mercado, radicalmente distinta del intervencionismo autárquico de los años fundacionales del régimen. Por más que esa nueva estrategia suscita resistencias precisamente de los reducidos del pasado, como sindicatos, el Movimiento o el INI, la política del desarrollo de los tecnócratas del régimen, muchos de ellos vinculados al Opus Dei (como Ullastres, Navarro Rubio, López Rodó o López Bravo), iba a resultar irreversible.



Laureano López Rodó.

Y es que los tecnócratas supieron ver que el desarrollo era una necesidad histórica. Una necesidad histórica, en primer lugar, para la sociedad española. El desarrollo era necesario si España iba a incorporarse al proceso de integración europea iniciada en los años cincuenta y que parecía iba a proporcionar a las economías occidentales cotas de bienestar sin precedentes. Pero era una necesidad histórica para la propia